

## Sí, estuvo por acá pero ya salió. Iba para el cielo. Endecha por la pérdida de Mario Armando Luna (1935-2008)

**Un don de Héctor Márquez a los patólogos mexicanos.** De los muchos regalos que nos hizo Héctor Márquez a los patólogos mexicanos, uno particularmente entrañable fue Mario Armando Luna. Héctor Márquez salió de la Unidad de Patología del Hospital General de México y partió a la Clínica Mayo; a su regreso a México, se asentó en Guadalajara, en el Hospital Ángel Leaño donde, al tiempo que generaba diagnósticos y publicaciones, descubrió a Mario Armando Luna. A su regreso a la Unidad de Patología del Hospital General de México con el grupo de Ruy Pérez Tamayo, trajo consigo a Mario Armando. Lo extendió de sus raíces tapatías y nos lo otorgó, para nuestro placer y provecho. Pero tampoco se quedó aquí. Mario Armando nos enriqueció unos años y luego emigró al norte. Y allá devino, en toda la extensión del término, en nuestro hombre en el primer mundo.



Figura 1. Gregorio en Puerto Vallarta, 1995, con Jesús Sifuentes, Arturo Ángeles, Oscar Larraza, Alfonso Valenzuela.

**Nuestro hombre en el primer mundo.** Nuestro hombre en el primer mundo, para todo lo que se ofreciera.

La versión completa de este artículo también está disponible en: [www.revistasmedicasmexicanas.com.mx](http://www.revistasmedicasmexicanas.com.mx)

Nos aclaraba diagnósticos, nos conseguía publicaciones, nos compraba libros. Su ubicación privilegiada en el MD Anderson Cancer Center, en Houston, lo convirtió en consejero y asesor, en el contacto irremplazable, en apoyo, orientación y consuelo de los problemas serios de salud que incidieron en nuestros colegas y familiares.



Figura 2. Dionisíaco en Lima, 1999.

**Un patólogo quirúrgico y mucho más que un patólogo quirúrgico.** En junio de 1963 llegué al agobiante verano de Chicago a iniciar mi internado en el hospital Michael Reese. En los primeros días, y hacia el medio día, me apersoné en el Cook County Hospital, donde sabía que él estaba. Lo encontré sudando, solo, en un enorme recinto de mesas de trabajo vacías, y grandes ventanales que reverberaban con el sol, analizando unos esquemas de trayectos anatómicos. “Estamos Paul Szanto (a la sazón el director de patología del Cook County Hospital) y yo estudiando várices esofágicas” me dijo, jadeante. Nadie más hubiera estado activo en ese infierno abrumador.

En sus ulteriores y enormemente productivos años, Mario Armando hizo renombre y escuela como experto en patología quirúrgica de cabeza y cuello.

Los que recordamos las primeras ediciones del libro de Don Laureano Ackerman, el célebre *Surgical Pathology*,

recordaremos que en la introducción, hablando sobre el patólogo quirúrgico, lo describe como un consuetudinario de la sala de autopsias, donde coteja sus aciertos y sus errores. Mario Armando fue, muchos años, Jefe del Servicio de Autopsias en el MD Anderson y muchas de sus publicaciones se refieren a patología de autopsias, en una diversidad de vertientes. La memoria reciente lo identifica como un experto en tumores, pero los que llegamos antes lo recordamos también como experto en infecciones, en enfermedades degenerativas, en efectos de drogas, en causas de muerte, en procedimientos en patología, en toda la gama de nuestro territorio de conocimiento.

*Evita al que sólo baila y bebe, pero desconfía del que nunca baila y nunca bebe.*



Figura 3. Conversador incansable con Alvaro y Cristina Bolio, en Mérida, 1982.

**Apolíneo y Dionisíaco.** Si Nietzsche tenía razón, y a menudo no la tenía, los patólogos deberíamos ser apolíneos. La vertiente de Apolo da vida a la plástica, a la forma y a la épica, a la claridad de lo entendible, al orden y la medida, a la calma del filósofo, a la contemplación intelectual y a la decisión individual. A la pintura, la escultura, a la poesía épica. En la otra mano,<sup>1</sup> Dionisios campea sobre la música. Sobre lo no verbal, lo gregario y lo colectivo. Lo instintivo y visceral. Sobre la inspiración y la desmesura.

Nosotros trabajamos en lo apolíneo, si no como creadores, sí como observadores de una realidad esencialmente plástica, de colores y formas, y de ideas concretas.

Aunque como dijo Amado González Mendoza, todos nos disfrazamos de apolíneos pero a la postre todos somos dionisíacos.<sup>2</sup>



Figura 4. Formal en Metepec, 1992

Pero Mario Armando fusionó, como pocos, estas nuestras dos raíces.

Siempre estuvo en medio de jolgorio, en la cantada y la platicada, de la trasnochada interminable, de risa contagiosa y talante gregario. Listo para bailar, beber, cantar y conversar sin descanso. Irremediablemente dionisíaco.

Pero siempre, siempre, puntual en sus compromisos, cumplido hasta el asombro, incansablemente productivo, venía, como Melquíades, “desde los médanos de Singapur” a contarnos cosas nuevas, prolífico publicador. De una formalidad sajona, sus presentaciones siempre eran con traje y corbata, a pesar de las fachas en las que anduviera la noche anterior.

Apolíneo hasta el último detalle.

El secreto del Gordo Luna. Alguna vez le pregunté: “Mi gordo, ¿cómo le haces? Estuvimos todas la noche cantando y bailando, y en la mañana, yo estaba muerto y tú, lúcido y puntual, con toda la formalidad, nos expusiste los arcanos del oficio”. Y me reveló su secreto. “Cuando estudiante de medicina” me dijo, “vivía con unas tíos que a diario me despertaban a las cinco de la mañana porque tenían la teoría de que a esas horas el cerebro está fresco y aprende mejor. Fueron varios años. Desde entonces, me levanto siempre a las cinco de la mañana, aunque me haya acostado una hora antes y por más parrandas y francachelas en las que haya incurrido. Y me pongo a estudiar. No lo puedo evitar”

Se los paso al costo. Yo no lo puedo aplicar.

Sí, si estoy vivo. En la Habana en el Congreso SLAP de 2005, el Grupo Pérez Tamayo me pidió que invitara a Mario Armando a dictar la Sexta Conferencia Pérez Tamayo en nuestro siguiente congreso en Punta del Este dos años después. Me dijo que sí, que encantado, siempre

que estuviera vivo. Y vivo estuvo, y dio una conferencia conmovedora, para muchos de nosotros su canto de cisne. Repasó las contribuciones que patólogos han aportado al conocimiento de la enfermedad, en el campo de cabeza y cuello, usando como andamio el libro de Ruy Pérez Tamayo, su *Historia de diez gigantes* y sus vivencias personales en la escuela de Ruy.

Santos súbitos. Antes éramos pobres. Nuestra Asociación Mexicana de Patólogos, con pocos recursos y una timorata aura de austeridad, se basaba por completo en la buena voluntad de nuestros coterráneos en el primer mundo para mantenernos al tanto de lo que pasaba en nuestro oficio. Durante muchos años, Alberto Ayala y Mario Armando Luna fueron nuestros pregoneros. Los que varias veces al año aparecían entre nosotros; nuestros muy peculiares invitados en los que la invitación partía de nosotros y los gastos corrían por cuenta de ellos. Y llegaban y nos mostraban casos, nos anunciaban novedades, nos instruían en diversos



Figura 5. Con José Jessurun, en Vallarta, 1995.



Figura 6. Con Guillermo de la Vega, en Vallarta, 1995.

temas, convivían con nosotros dentro y fuera de las aulas, y dejaron una huella formativa que nos permitió dar al salto a lo que ahora somos, una comunidad nutrida y diversa, ya con estrategias propias de actualización y crecimiento. Por eso, en una memorable sesión de nuestra Asociación el sábado 30 de junio de 1984, después de haber disfrutado el seminario sobre lesiones secundarias a quimioterapia antineoplásica que nos ofreció Mario Armando en el auditorio del Instituto Nacional de Cancerología, el Dr. Alberto Ayala y el Dr. Mario Armando Luna fueron canonizados como santos súbitos y declarados “socios vitalicios de esta Asociación...por sus generosas contribuciones al desarrollo de la Patología Mexicana..” para siempre exentos de cuotas (nomás eso faltaba) de nuestra Asociación.<sup>3</sup>

Non omnis moriar.<sup>4</sup> No se fue del todo. Nos deja mucho más que recuerdos. Se queda con nosotros en todo lo que dijo, escribió y enseñó, en sus alumnos que formó, como nos formó a todos, en su ejemplo, en su consumado profesionalismo, en su entrañable identificación latinoamericana, en su siempre abierta y valerosa defensa de las causas justas, en su amistad sin doblez, en los frutos que conservaremos siempre de su generosidad sin límites.

Lo echaremos de menos.<sup>5</sup>  
Mucho.

Agradezco la información que para este texto me proporcionó Alberto Ayala.

Agradezco la ayuda para procesar el material fotográfico que recibí del Dr. Héctor Santiago (sic) Antúnez Moncada.

Eduardo López Corella

#### ACOTACIONES

1. On the other hand.
2. González Mendoza A. Cómo recuerdo a Héctor Márquez. *Patología (Mex)* 1996;34:245-6.
3. Boletín Informativo núm. 21 de la Asociación Mexicana de Patólogos. Agosto de 1984.
4. Non omnis moriar.  
¡No moriré del todo, amiga mía!  
de mi ondulante espíritu disperso,  
algo en la urna diáfana del verso  
piadosa guardará la poesía.  
Manuel Gutiérrez Nájera
5. En México diríamos “Lo vamos a extrañar” pero en vista de las diversas connotaciones del verbo extrañar (desterrar, apartar del trato...) mejor usamos este término más paladino en el mundo hispánico.